PRESENCIA

MENSAJE DE LA VICTORIA

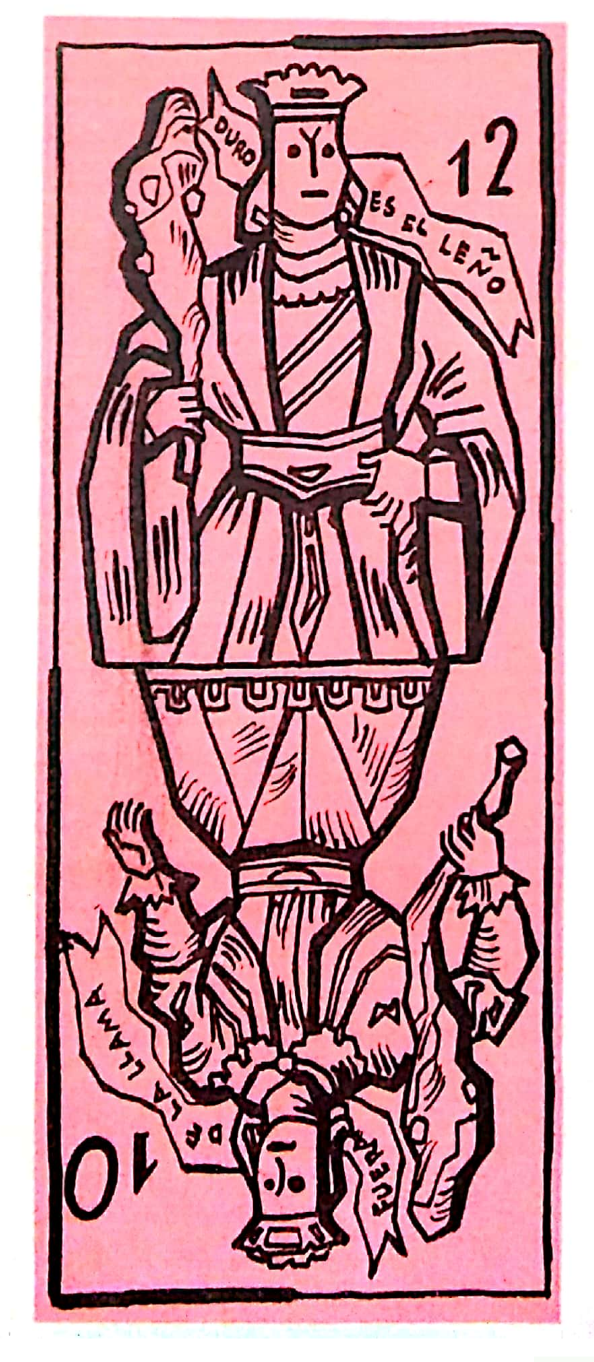
El señor Presidente dió esta síntesis de lo que él llamó "El Mensaje de la victoria": "¡En nosotros, con nosotros y por nosotros ha vencido la Patria!". Pero, ¿en qué está la victoria del peronismo, consubstancializado con la Patria? El Presidente lo ha dicho: "¡Hemos tomado el timón de la patria que marchaba hacia la deriva y ahora los argentinos podemos dirigirla hacia el puerto que nosotros queremos!". ¿Y cuál es este puerto hacia dónde se dirige la Argentina? También lo ha dicho el señor Presidente: "El pueblo, dijo, quiere que lo conduzcamos hacia la total realización de nuestra doctrina justicialista". ¿Y cuál es la total realización de la doctrina justicialista? También a esta pregunta dió respuesta clara y decisiva el señor Presidente: "El justicialismo, ha dicho, y el sindicalismo argentino han sabido encontrar que tienen finalidades comunes... Por eso he dicho ya que el gobierno social de la República va pasando progresivamente del Estado a la Central obrera que representa orgánica y democráticamente a más de 4 millones de trabajadores argentinos".

Si no leemos mal, el señor Presidente manifiesta aquí que el gobierno "social" de la república va pasando progresivamente del Estado a la C.G.T. Pero, ¿cuál es la actividad gubernamental de la república que escape a lo social? Parece seguirse entonces que todas las fuerzas "sociales" de la república, sean ellas espirituales, militares, judiciales, culturales o económicas han de ser regentadas por el núcleo director de los trabajadores.

Nosotros no cumpliríamos con nuestro deber si dejáramos de señalar que el socialismo, tal como fué enseñado por Marx y realizado por Lenín y Stalin, no consiste sino en que el poder estatal sea entregado a los obreros.

El señor Presidente fustiga muchas veces el comunismo. Pero tememos que, llevado por un noble afán de justicia social, esté promoviendo en los hechos, de manera irreparable, la entrega del poder público al proletariado argentino organizado. Si así fuera, la victoria que habría obtenido no estaría en la línea de grandeza de los pueblos cristianos.

PRESENCIA



ESPIRAL INFLATORIA

El control de precios se titulaba nuestro último artículo sobre la realidad económica del país. La represión policial, decíamos, no será capaz de contener la suba de los precios. Y así, en efecto, de entonces a ahora los precios han ido subiendo y buen número de artículos, reacios a las tentativas de cercenamiento, han desaparecido del mercado o han raleado. El vino común, que por unos centavos estaba hace unos años al alcance de todos los bolsillos, apenas se encuentra en los negocios minoristas. El arroz, azúcar, maíz, aceite, café, té y aún yerba mate escasean. Y nada digamos de la alteración que en su calidad sufren estos artículos, sobre todo en el caso del café que viene mezclado de cebada.

Para apreciar la sensible progresión que registra el costo de la vida desde 1943 a octubre de 1950 basta echar una mirada a los gráficos e índices que publica la *Síntesis Estadística Mensual* del Ministerio de Asuntos Técnicos. La alimentación calculada para una familia de un peón industrial, no calificado, háse encarecido más de tres veces; la indumentaria más de cuatro; y la construcción arriba de cinco. Desde entonces a aquí estos aumentos han continuado con un ritmo del 33 % anual para la alimentación, de un 40 % para la indumentaria, de un 50 % para artículos de limpieza y menaje del hogar. En lo que se refiere a la construcción, sabido es que el precio básico, bajo el que toman obras las empresas es de $ 1.300 el metro cubierto, y aún ello sin compromiso para el futuro. Por otra parte, artículos de construcción como hierro, sanitarios y eléctricos experimentan incrementos de un cien por cien en muchos casos.

Pero el nivel de vida de una familia de peón de fábrica no puede servir de paradigma ni para todas las familias obreras, ni mucho menos para las de los diversos sectores en que se distribuye la clase media y alta de la sociedad. El desenvolvimiento de vida de los que integran una sociedad cultivada no puede reducirse a la satisfacción de las necesidades más elementales que, de manera también la más elemental, llena el grueso de los más modestos jornaleros. Porque tanto en la calidad del alimento como de la

indumentaria y del aderezo del hogar se hacen necesarios especiales requerimientos; la educación de los hijos demanda asimismo otro monto de gastos; la participación en las reuniones sociales que condigan con el medio de mayor jerarquía en el que se debe desenvolver una familia de clase algún tanto levantada y la cultura artística o intelectual de la clase media imponen también una serie de gastos que, o no existen, o no son tan fuertes en otras clases inferiores.

Por esto, si tenemos en cuenta, como corresponde, las exigencias de la clase media que, en capas de desigual densidad, ocupa el mayor número de personas de todo el conglomerado social, las cifras del mayor costo de la vida alcanzan porcentajes cercanos al 40 % anual. Y aún en algunos rubros como el de los libros estos porcentajes son sin duda superados. Quizás nada sufra tan fuertemente y de modo tan irreparables los efectos de la inflación como la cultura. Cada vez son más reducidas las publicaciones y obras extranjeras que llegan al país, y aún de éstas, las que están al alcance de los presupuestos de los hombres de estudio, pertenecientes en su mayoría a la castigada clase media. Un libro de alguna importancia cuesta hoy un centenar de pesos. Porque en su costo inciden los aumentos operados en el país de origen, el cada vez más bajo poder adquisitivo de nuestra moneda, y los onerosos recursos de que se debe echar mano para efectuar los pagos en el extranjero.

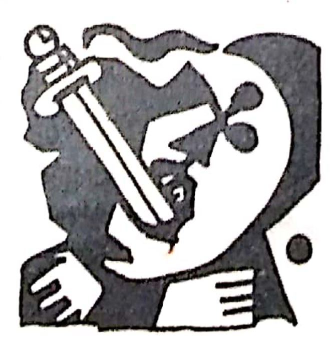
Además, si quisiéramos tener una idea cabal del alza en el costo de la vida, debiéramos también imputar a éste las pavorosas derivaciones económicas, higiénicas y morales que lleva aparejada la actual escasez de vivienda. La formación de nuevos hogares; la procreación de hijos, de acuerdo a las leyes de la razón y a las prescripciones cristianas; la educación de los mismos, con la debida separación de las mujeres y los varones, son otros tantos problemas de una gravedad insospechada. La medida tomada por el gobierno en noviembre último limitando al 7 % el interés neto de las nuevas propiedades, no contribuirá a resolver el ya gravísimo problema de la vivienda.

Otro capítulo que debiera ser atendido para una adecuada apreciación de la carestía de la vida lo forman las insuperables molestias de todo orden con que se viaja actualmente en las grandes ciudades de la república. Y aquí, a la pérdida de tiempo en las esperas, a lo embarazoso y costoso de los viajes que exigen largos rodeos o el empleo de diversos vehículos ante la imposibilidad de hacerse sitio en los transportes repletos, hay que sumar la inmoralidad manifiesta de ese apretujamiento anatómico en que viajan masas humanas de toda condición, edad y sexo. Por otra parte, muy graves han de ser las reflexiones del obligado peatón o del pasajero del accidentado transporte urbano cuando contempla al lado de tantas insuperables dificultades el desfile de tan gran número de lujosos y modernísimos "Cadillac", por los que —consta a todos— se ha llegado a pagar hasta 300.000 pesos. Extremos tan irritantes, aunque en tiempos de tanta justicia social, no ayudan al apaciguamiento de las diversas clases de la sociedad.

Las causas de la carestía de la vida

Sería un despropósito pensar que el alza del costo de la vida está determinada por factores exclusivamente internos. La guerra en Corea y la economía bélica de los Estados Unidos han provocado una suba bien marcada de las materias primas mundiales, particularmente del caucho, hierro, lana, cobre, aluminio, carbón y algodón. Es claro que a esta causa primordial de encarecimiento se añaden otras que dependen exclusivamente de nosotros. Por de pronto, la que señalábamos en nuestro artículo del 22. 9.50, *Economía Cansada*, es a saber, la aplicación de los derechos aduaneros sobre los valores reales aumentados por los nuevos tipos de cambio y no como anteriormente, sobre los muy inferiores valores de tarifa. Hay que tener en cuenta que las tasas oscilan entre un 3 y un 60 %; y se aplican sobre mercaderías facturadas en tipos de cambio marcadamente desfavorables.

Tanto en los artículos importados como en los de producción nacional determina, además, un gran



encarecimiento la incidencia directa e indirecta de los fuertes impuestos a las ganancias lucrativas y a las ventas, que a veces se superponen por las diversas jurisdicciones, la nacional, provincial y municipal, en que se aplican. Concurren asimismo a este encarecimiento las nuevas tarifas postales y telefónicas que han subido de un solo golpe en un cien por cien; y el precio de la nafta que bruscamente ha aumentado en un 70 % a comienzos de año —y ahora ya se estaría hablando de un nuevo aumento del 50 %— ejerce una influencia inflatoria que se reparte casi directamente en todos los rubros de la actividad económica.

El alza de los impuestos no es sino una consecuencia obligada de la necesidad de mantener el enorme aparato burocrático de la administración pública. Sobre una renta nacional de cuarenta y cuatro mil millones de pesos, la administración pública en todas las jurisdicciones y con las reparticiones descentralizadas, exceptuadas la Flota Mercante y los Ferrocarriles, insume 17.958 millones, o sea más de un 40 %, y sin esas reparticiones, 12.410 millones o sea un 28 %. Porcentaje demasiado abultado para una economía joven que debiera sentirse estimulada en su desarrollo. Una máquina estatal tan frondosa necesita un ejército de empleados, por grande que sea la economía que se quiera hacer de ellos. No hemos podido hallar la base en que se funda el dato proporcionado por el señor Presidente, en su reciente discurso a los trabajadores del Estado, sobre la economía de cincuenta mil vacantes que se había efectuado en la administración pública. Por lo mismo ha sido imposible verificar en qué forma no han de afectar al presupuesto de gastos los recientes aumentos hechos a su personal. Esos aumentos eran completamente necesarios. Y no parecen haber sido suficientes. Porque, aunque el señor Presidente habló de "un aumento que sea realmente un aumento, no un puchito", hay que advertir que en término medio no parecen exceder de un 20 %. Ahora bien, desde el último aumento efectuado en la administración, que fué hace un par de años, la vida se ha encarecido en un treinta por ciento anual.

De cualquier manera, aunque insuficientes para asegurar el nivel de vida de que disfrutaba el empleado nacional, los nuevos aumentos habrán de contribuir a la elevación de los precios. También habrán de contribuir los efectuados en los salarios y sueldos de la actividad privada. De junio de 1950 a la fecha estos aumentos son de un 19 % en los nueve meses; pero en algunos gremios como en el de los metalúrgicos se están preparando nuevos convenios con notables aumentos, con efecto retroactivo. La carrera de salarios determinará la carrera de precios.

El aumento de los medios de pago está exigido de suyo por los diversos factores que hemos señalado como causantes del alza de la vida. Sin embargo, también concurre él, por su parte, a encarecerla más. Sobre todo en el caso de nuestra circulación monetaria, que después de las reformas de 1949 fué dotada de la mayor elasticidad técnica posible. Entre 1946 y 1949, los medios de pago —billetes y depósitos— han crecido a un ritmo de casi 26 % anual. De un volumen de 7.805 millones que tenían en 1945 pasan a uno de 24.027 millones en octubre de 1950. De entonces al presente han continuado creciendo en un promedio mensual de 350 millones, o sea de un 18 % anual.

Disponibilidad de bienes

Hemos señalado una serie de factores que contribuyen a determinar un alza en el costo de la vida. Pero no hay duda que ésta no se produciría si correlativamente a esa serie de factores se efectuara una más caudalosa afluencia de bienes disponibles en manos de los miembros de nuestra unidad económica. Lo característico de un estado inflatorio está precisamente en que la suba de precios es determinada por la abundancia de medios de pago frente a una escasez de bienes en el mercado. Por esto, es sumamente importante registrar la curva de estos bienes disponibles. En realidad, el volumen de estos bienes se determina por el monto de la producción anual, restando de él los bienes que han sido exportados y sumándole los importados. El total ha ido subiendo desde 1940 a 1948, de un monto de 5.260 millones de pesos —calculados en pesos de 1943— a uno de 8.650 millones. Desde 1948 se inicia un descenso indicado en la cifra de 7.120 millones de pesos para 1950.

Pero es claro que estos totales nos engañarían si no tomamos debida cuenta del ritmo que ha llevado la población durante ese tiempo. La población ha ido creciendo durante estos últimos años. De 15.546.000 en 1945 pasa, en 1950, a 17.430.0000. Si dividimos el total de bienes por el número de habitantes podemos establecer las siguientes cantidades, medidas en pesos de 1943, que corresponden a cada habitante; año 1945, $ 347; año 1946, $ 388; año 1947, $ 486; año 1948, $ 525; año 1949, $ 477; año 1950, $ 413. Es fácil advertir que el crecimiento alcanza su punto más alto en 1948 para declinar desde 1949 en un ritmo bastante pronunciado.

El crecimiento efectuado en los bienes coincide con la situación de privilegio que alcanzó nuestro país al terminar la segunda guerra mundial. Las enormes reservas de oro, de divisas y de créditos en el exterior, los ingentes saldos almacenados de nuestra producción que fueron solicitados desde fuera, nos proveyeron en un momento dado —años 1947-1948— de un grandioso caudal de bienes —en parte bienes de capital— y ello explica la prosperidad que conoció el país en aquellos años.

Ese estado de prosperidad no tenía por qué declinar si se hubiera realizado una juiciosa política económica. Por el contrario, entonces debía haber comenzado de manera firme y efectiva. Porque aquella enorme cantidad de recursos debía haberse empleado para proveernos de las maquinarias agrícolas que intensificaran nuestra producción agropecuaria, generadora de divisas fuertes, y que intensificaran también juiciosa y armónicamente nuestras industrias en franco desarrollo. Si así nos hubiéramos conducido, no habríamos arruinado nuestro campo, que ahora debe ser penosamente reparado, no habríamos desperdiciado la ocasión excepcional que se nos presentaba para una firme consolidación de nuestras industrias y no habríamos desorganizado a nuestros operarios. Porque el hecho es éste: que hemos perdido una magnífica ocasión para labrar una sólida y armónica economía nacional. De aquí la caída brusca que se advierte en los bienes disponibles en 1949, que continúa todavía, y que se debe en gran parte al bajo rendimiento de nuestros obreros.

Porque los estudios efectuados ponen de manifiesto que el rendimiento de nuestros obreros comparado con el de los años 1937 y 1939 registra una disminución del 12 por ciento. Ello ha sido advertido y denunciado por el gobierno, que ha iniciado hace un par de años su campaña pro intensificación de la producción. Los concursos para marcar "records" de producción contribuyen a esa campaña. No creemos que sea por allí como se llegará a buenos resultados. Recuerdan mucho el sistema ensayado en Rusia en agosto de 1935, cuando Stajanov, en presencia de un representante del Partido y del director de un periódico local, extrajo en 6 horas una pro-

ducción "record" de 102 toneladas de carbón, ganando por ello 225 rublos.

Psicosis de inflación

Desde 1949 los bienes disponibles están en franco descenso; sin embargo los precios continúan subiendo en un ritmo del 33 % en el rubro de la alimentación y del 40 por ciento en el de la indumentaria. Es verdad que los salarios suben en un 25 % anual para los sectores más humildes que son, por otra parte, los más favorecidos. De aquí corresponde inferir que, si no cambia el curso de la curva, pronto aún estos sectores se hallarán en un nivel de vida inferior al que conocieran años atrás. En realidad los salarios reales y no puramente nominales —hablamos de los sectores obreros más humildes—, han alcanzado cifras altas en 1947-1949 llegando a superar en un 62 por ciento a los de 1943. Pero en 1950 se produce una brusca caída de un 23 por ciento. Cierto es que aún entonces son superiores en un 39 por ciento sobre los de 1943, pero inician un proceso de declinación. Por otra parte, hay que tener presente lo que hemos señalado, que el crecimiento de bienestar en este sector de la población sólo ha sido posible a expensas de grandes sectores de la clase media y de la actividad agraria. Quiere ello decir que, salvo los años 1947-1948, cuando se hizo sensible un bienestar —aunque desigual— en todas las clases sociales a expensas de la riqueza de los años anteriores, el bienestar de los sectores más populares ha sido posible, no por un acrecentamiento de nueva riqueza, sino por una transferencia de las riquezas de manos de unos a las de otros; de manos de la clase media a manos de las clases más modestas.

Pero hay un problema más importante. Si el crecimiento del costo de la vida se efectúa con un ritmo de un 33 % y los medios de pago avanzan solo en un 18 %, ¿cómo se explica este desequilibrio? ¿Por qué lejos de frenarse la inflación pareciera tender a aumentar? Cuando se habla de aumento, nadie se contenta hoy con menos de un 50 % . Los aumentos en la nafta y en las tarifas postales son hartos sugestivos.

Creemos que la explicación debe buscarse en lo que llamaríamos *psicosis inflacionista*. Todo el mundo se ha hecho a la idea de que la inflación ha de llevar un ritmo del 30 % anual. Todos por anticipado hacen sus cálculos sobre esa base y consideran que pierden dinero si no se aseguran ese margen de utilidad en sus operaciones. Sucede entonces que el público, sujeto de la vida y actividad económica, no se mueve sobre el presupuesto de la *moneda estable* sino sobre el de una *moneda que se desvaloriza en un 30 % al año*. Y al obrar así el público, sin quererlo, está causando la verdadera y más temible inflación.

No vamos a reseñar los males que produce la inflación. Sólo queremos indicar cómo sus efectos se hacen sentir más directamente sobre las empresas industriales y comerciales de sólida base financiera, vale decir, de las empresas sin pasivo. Porque aun cuando estas empresas realicen utilidades de un 30 % pierden dinero mientras la inflación sea de un 30 %. Porque con estas utilidades no pueden reponer, con margen de beneficio, sus stocks. ¿Qué solución debe darse al problema de la descapitalización de las empresas por efecto de la volatilización del dinero? Debe proporcionárseles crédito a fin de que a través del crédito bancario se transfiera a la comunidad la merma que reciben de la comunidad por efecto de la inflación. Si así no se hiciera, la quiebra de las empresas sólidas sería indefectible.

El momento económico del país se halla en un trance del mayor interés. Si las empresas no reciben ayuda del crédito se hallarán en peligro de quebrar. Pero si se abre el crédito, se ha de acelerar el ritmo de la actual inflación. ¿Qué corresponde hacer? Pues aplicar prudentes medidas que abran moderada pero suficientemente las válvulas del crédito a las empresas con dificultades de circulante y al mismo tiempo contener los impuestos, reducir los derechos aduaneros, frenar la carrera de salarios y dar sensación en la opinión pública de estabilidad monetaria. Una sabia política económica puede evitar al país el vértigo de la espiral inflatoria.

PRESENCIA

EL PROTOCOLO ADICIONAL ANGLO-ARGENTINO

Como si se tratara de una ley natural, semejante a la de la rotación del sol en torno a la tierra, con sus auroras y sus ocasos regulares, la firma del reciente protocolo anglo-argentino, después de una interrupción temporaria de la exportación de carnes a Inglaterra, se ha producido como las de los últimos convenios similares, como un amanecer que sucede a una puesta de sol. Y el resultado ha sido el mismo.

Después de la noche, en el nuevo día no hay nada cambiado con respecto al anterior, salvo un casi imperceptible empeoramiento de nuestra situación, como se dice que el sol va perdiendo fuerza, hasta que la tierra acabe en una noche eterna, en medio de un frío polar extendido al globo entero.

Dejando a un lado el lenguaje metafórico, el texto firmado el 23 de abril se parece a todos sus precedentes, a no ser en pequeñas diferencias que nos perjudican. Seguimos comprometidos a vender carne en determinada cantidad, a un precio fijo, mientras el gobierno inglés no se compromete sino a "hacer sus mejores esfuerzos" para que se nos provea el combustible que constituye la contraparte del arreglo, sin que el precio del petróleo y demás especies se estipule con recíproca precisión en un artículo del convenio y con idéntico carácter imperativo. El sistema de pagos sigue siendo el mismo, vale decir, el de continuar nosotros resignados a pertenecer a la zona financiera de la esterlina, pero no en calidad de miembros privilegiados (como otros países que en Londres cobran dólares) sino como penitentes que si hacen bien su purgatorio podrán llegar al cielo de la Cuenta Americana.

El precio fijado a la carne, parece sensiblemente mejor que en 1949. Un promedio aproximado de 130 libras por tonelada larga, en lugar de 97.536 libras por igual cantidad; treinta libras ó 1.320 pesos más. Pero si contamos en dólares, moneda que, pese a paulatina desvalorización, rige el intercambio internacional, tenemos que las 97 libras largas de 1949, valían más de 393 dólares, y las 130 libras de 1951 sólo valen 364 dólares. O sea que por cada tonelada de carne cobraremos 29 dólares menos que hace dos años, lo que al cambio oficial de 14 pesos por dólar, da una diferencia en contra de 406 pesos. Con el petróleo sucede algo semejante. Al pronto el precio que se puede deducir del presente convenio es superior al que resultó del anterior, en 4.30 dólares por tonelada. Pero como no está fijado en el texto, puede, como ocurrió después de firmarse el acuerdo de 1949, elevarse todavía más, según las fluctuaciones del mercado internacional, por sobre los 24.33 dólares por tonelada.

Mucho se habló durante la negociación de la falta de reciprocidad resultante de que estuviese fijado el precio de la carne, mientras no lo estaba el de los combustibles. La situación seguirá como antes en ese respecto. Otro de los reclamos argentinos era el relativo a la garantía contra la desvalorización de la libra, por las letras resultantes de la exportación durante el primer año de vigencia del convenio y hasta fines de 1950; y por los saldos acumulados en Londres, por diferentes conceptos, en las cuentas A. B. y C. En el primer concepto el gobierno argentino obtuvo una compensación de 6.250.000 libras, que los comentarista de "La Nación" y "Economía y Finanzas", calculando sobre 200 mil toneladas, estiman en 126 libras o 352 dólares por tonelada, o sea 41 dólares menos que el precio estipulado en el tratado de 1949. Pero como dichos comentaristas hacen su cálculo sobre la exportación de febrero a julio de 1950, y el convenio habla de las exportaciones de carne en año y medio, la pérdida sufrida por el país en la ejecución del convenio anterior se puede estimar en mucho más que los 114.800.000 pesos resultantes de traducir el valor de la merma en el precio de 1949, de 41 dólares por cada una de las dos-

BELLAS SON LAS PALABRAS...

Bellas son las palabras que convoca
para el decir, la voz que está diciendo.
Pero el silencio que las va siguiendo
es más hermoso aún, por lo que evoca.

Ola tras ola en música creciendo
lleva el decir muy alto lo que toca.
Pero esa altura todavía es poca
y el silencio la excede, sugiriendo.

Dices y, mientras dices, lo que dices
vuelve las cosas claras y felices
y adonde llega el júbilo provoca.

Pero callas después y lo que callas
inclina el cielo al sitio donde te hallas
y se te llena de ángeles la boca.

JORGE VOCOS LESCANO

cientas mil toneladas sobre que dichos periódicos calculan la compensación. En el segundo concepto, por garantía contra la desvalorización de las libras contabilizadas en las cuentas A.B. y C. la pérdida es total. Pues los diez millones de libras acordadas por el gobierno inglés, se destinan a pagar las remesas de los inversores británicos en nuestro país, debiéndoseles dar las libras al cambio de 19,36 pesos cada esterlina, cuando esta se cotiza actualmente a 39.42 pesos. Vale decir que la garantía contra la desvalorización opera exclusivamente a favor de los británicos residentes en el país, a quienes se entregará para sus remesas libras no desvalorizadas.

Por último el problema de la convertibilidad de las libras, que había llegado a preocupar a sectores de opinión tradicionalmente partidarios del comercio anglo-argentino, queda asimismo sin solución. En aparente respuesta a esa exigencia, el convenio que se acaba de firmar habla de "transferencia" a "terceros países" de los saldos, siempre que fueran aceptables para los gobiernos interesados, "y si "no hubiere acuerdo dentro de 15 "días a Cuenta Americana". Pero —y aquí viene una restricción fundamental— esas transferencias se efectuarían únicamente en el caso de que se hubiese acumulado en Londres un excedente a nuestro favor de 20 millones de esterlinas, que al cambio libre del día, equivaldría a 788 millones de pesos.

El tratado de 1949, en varios de sus artículos, hablaba de un equilibrio de pagos entre ambas naciones. Los voceros del Poder Ejecutivo reiteraron ese *desideratum* en el debate suscitado en torno a la ratificación solicitada al Parlamento, diciendo que no habría saldos en libras, porque el intercambio previsto era de compensación entre las exportaciones y las importaciones. El propósito de compensar unas con otras las prestaciones de los dos países queda abandonado, como ideal inaccesible, en la cláusula respectiva del convenio actual, que sólo habla de mantener los saldos en libras del Banco Central "en un "nivel razonablemente necesario "que de tiempo en tiempo se re- "quiera para proveer una adecua- "da masa de maniobra". Y en el artículo siguiente se fija el monto de esa masa de maniobra en aquellos 20 millones de libras, que representan cerca del 50 % del valor de nuestras exportaciones a Inglaterra, según los datos del año pasado. Luego de las decepciones experimentadas con los últimos tratados anglo-argentinos, se puede temer fundadamente que una convertibilidad que empezará a funcionar después que hayamos exportado por un valor de casi ochocientos millones, será tan ilusoria en el futuro como lo fué en el pasado. Sobre todo cuando las divisas fuertes que nos podrá ofrecer Inglaterra, en lugar de sus libras, serán primero las de cualesquiera otros países que no sean Norte América, donde únicamente se compran los artículos que nos son más indispensables para la conservación —y no ya el aumento— de un nivel de vida moderno. Pues, en efecto, sólo en último término participaríamos en la Cuenta Americana, mientras Inglaterra paga en dólares a todas sus colonias y a los principales países hispano-americanos.

La niebla que envuelve al comercio anglo-argentino sigue tan espesa después, como lo era antes de firmarse el tratado. Así p.e. un órgano especializado, como el *Financial Times* puede impunemente sostener que el reciente convenio pone fin "a la parálisis que "sostenidamente ha venido afectan- "do al intercambio entre este país "y la Argentina" ("La Razón", 24.IV.51), cuando la prensa en general ha dado los datos sobre el aumento de las ventas a Inglaterra, en cereales, aceites y lana, llegando con ello el valor total de la exportación a cerca de mil millones de pesos. Al revés de lo que se difundía durante la negociación, nunca estuvo tan floreciente ese intercambio de artículos alimenticios por combustible, manufactura no esencial y libras inconvertibles —tanto de esto como de aquello— que ahora el tratado no hace sino estabilizar en un instrumento diplomático. Y para mantener ese nivel de intercambio, hacemos sacrificios como este: exportamos enormes cantidades de maíz de una cosecha inferior a todas las anteriores mientras nuestros granjeros deben liquidar sus criaderos de gallinas y cerdos. Con lo que el precio de los jamones, las aves y los huevos aumentan entre nosotros, mientras Inglaterra sostiene su producción granjera.

Para que nada varíe en el asunto, las razones con que se auspicia la firma del tratado, se parecen como una gota de agua a otra, a las que oímos hace 18 años, cuando el ex-vicepresidente Roca volvió de Londres: "No se pudo más". Y como entretanto el país siempre afronta la negociación en peores condiciones que Inglaterra (al decir de nuestros negociadores), cada vez se puede menos. No importa que la Inglaterra de hoy sea el espectro de la ayer, y que la evolución histórica haya colocado a aquélla en situación muy diversa a la de 1933. De un modo o de otro, nuestro país siempre se halla en desventaja y debe pasar bajo las horcas caudinas, no de un Caudio vencedor de Roma, sino de un Caudio sometido a la señora del mundo.

No es aventurado pronosticar que el reciente convenio tendrá la misma suerte que los anteriores. Sabemos lo que nos costaron los dos últimos. Podemos suponer lo que nos costará el presente.

La producción de carnes ha disminuído. Ya se ha preguntado si el cumplimiento del acuerdo anglo-argentino, no comprometerá la conservación de los mercados obtenidos durante la suspensión de los embarques al Reino Unido y el presente nivel del consumo local. Interrogantes graves. Pues sería ridículo que dejáramos de vender a quienes nos pagan dólares al llevarse la carne, para mandar esta al pozo sin fondo de las libras inconvertibles. Peor aún, por ser trágico, sería disminuir el consumo, pues el país no tiene con qué reemplazar la carne, para conservar un régimen dietético que no sea inferior a las exigencias de la salud pública.

JULIO IRAZUSTA



PROPAGANDA SIN PRO

No deja de llamarnos la atención la campaña hábil y persistente desarrollada por el periodismo porteño, que es como decir la prensa nacional, desde dos meses a esta parte contra todo lo que sea instituciones, política, costumbres o defectos de los norteamericanos.

Hoy es alguna foto de Mr. Truman, no del todo seria; mañana una interpretación torcida de un discurso suyo; pasado, un rasgarse las vestiduras por negociados de los que no faltan en ninguna administración pública del mundo; en la misma página, fotografías donde se exhiben tropas de color con la explicación de que ellas sacan "las castañas del fuego" en Corea; otro día será un suelto sobre nuestra decisión de no combatir por el capitalismo de Wall Street; Puerto Rico... Margaret Truman... su crítico...; cualquier circunstancia es aprovechable para ridiculizar lo *yanqui* que para muchos se ha convertido en sinónimo de *excentricidad, estadísticas, materialismo* o *técnica* como dicen nuestros modernos y coterráneos herederos de la cultura occidental.

Extrañan y apesadumbran semejantes actitudes por varias razones, entre ellas por una muy fundamental, como es la de mantener a la opinión pública del país sumida en un resentimiento y en un infundado rencor contra la Unión, lo cual no solamente resta posibilidades a nuestra política internacional, sino que puede ori-



ginarios trastornos interiores que a las actuales autoridades, más que a nadie, interesa evitar.

A los empeñados en desatar esta clase de vientos no se les escapa que obran en terreno abonado. Ciegos seríamos si no observáramos el creciente espíritu antinorteamericano de nuestra población, que se fomenta y crece merced a los numerosos intereses que se dan la mano para que así ocurra.

No en vano han cooperado los sectores políticos más dispares en despertar, nadie sabe bien con qué fundamentos, una conciencia de tenaz oposición contra quien nunca nos ha robado nuestra producción agropecuaria, contra quien jamás ha viciado nuestra conciencia ciudadana, ni ha impedido el desarrollo económico del país ni nos incluye entre sus colonias.

En las manifestaciones populares, en los acontecimientos deportivos, en las frases nada encubiertas de los dirigentes políticos de todos los sectores, aparte de artículos y escritos como los que provocan estas líneas, siempre surge la inevitable palabra hostil, el silbido, la ridiculización y las arengas inflamadas de *soberanía*.

Lo paradójico surge de igual manera cuando se tiene en cuenta que nuestro país es tal vez el único en América sin motivos serios para abrigar sentimientos de esa naturaleza. Las naciones del continente, en cambio, pueden alegar rozamientos y cuestiones mucho más candentes que las nuestras con el país del Norte.

Los resultados de ese incitamiento continuo han rendido un presente halagüeño, pero griego. La crítica de las costumbres ajenas, destinada a caldear el ánimo popular tiene doble filo y, en este caso particular, es inoportuna y aviesa.

Tan de doble filo es que nosotros tampoco resistiríamos victoriosamente una aplicación de "la paja en el ojo ajeno..." y que allí donde duele a los yanquis, también nos aprieta el zapato. Los pueblos como tales no son ni mejores ni peores, ni santos ni bandidos. Un juicio universal como los que acostumbramos a leer sobre los norteamericanos olvida, atentando fatalmente contra su seriedad, que con ciudadanos incultos, adocenados y sin conciencia de los intereses nacionales no se puede hacer una primera potencia mundial y el primer imperio fundado sobre la industria.

La verdad debe reconocerse doquiera se la halle y no habremos de engrandecernos mucho si sistemáticamente negamos lo que está a un palmo de nuestras narices, ni nos empequeñeceremos si aceptamos lo que en justicia ha de reconocerse.

La inoportunidad de la campaña se desprende en relación a la empresa que aquel pueblo ha comenzado, sacrificando sus propios hijos antes que los ajenos, para detener la invasión comunista. En estas páginas se ha expuesto con sobrada claridad el valor que dicha tarea representa para los católicos, o mejor dicho para los católicos que entendemos de esa forma el problema. No insistiremos en cosas sabidas pero sí dejaremos constancia de la absoluta inoportunidad de todo movimiento o intento que directa o indirectamente tienda a aminorar el aporte material o espiritual que en conciencia estamos obligados a prestar para combatir a este sistema diabólico llamado comunismo.

De aquí especialmente surge nuestra preocupación por las consecuencias internas.

La Conferencia de Cancilleres Americanos "velis nolis" ha preparado el terreno para la cooperación efectiva y sin excusas de las Repúblicas Americanas para la contienda bélica que debe sufrir la humanidad en un plazo cercano o lejano, pero que expirará algún día. No estamos exentos de contribuir a esa cooperación y ya mandando materias primas, alimentos o soldados, es claro que debemos realizar un esfuerzo extraordinario al cual no estamos acostumbrados. ¿Cómo podremos cumplir nuestro compromiso si se nos hace aborrecer al que recibe nuestra ayuda? ¿No seremos amplísimo campo para el sabotaje comunista en las variadísimas formas que estila? ¿No se rebelará el país a contribuir con fuerzas, lágrimas y sangre para una lucha que según se le repite diariamente es de capitalismos? Los interrogantes son numerosos y no pretendemos agotarlos. De todas maneras creemos que las actitudes comentadas al principio de esta nota, sólo nos acarrearán consecuencias desagradables y significan un magnífico juego para la diplomacia roja que sin emplear mayores recursos obtiene un resultado apetecible.

Otras circunstancias nada favorables completan este cuadro de perjuicios. Sostener una política internacional desmentida por la orientación interna de las cuestiones públicas y por el sentimiento popular es ofrecer un espectáculo de duplicidad que los países organizados jamás dan. Se deja constancia por otra parte de una defección insalvable en la comprensión de los intereses de la civilización occidental, al resucitar o exhumar rencores y críticas que en estos momentos más que nunca deben postergarse para oportunidad más propicia, dado que ahora sólo se logra retrasar un entendimiento necesario y beneficioso para todos los americanos y en especial para los argentinos.

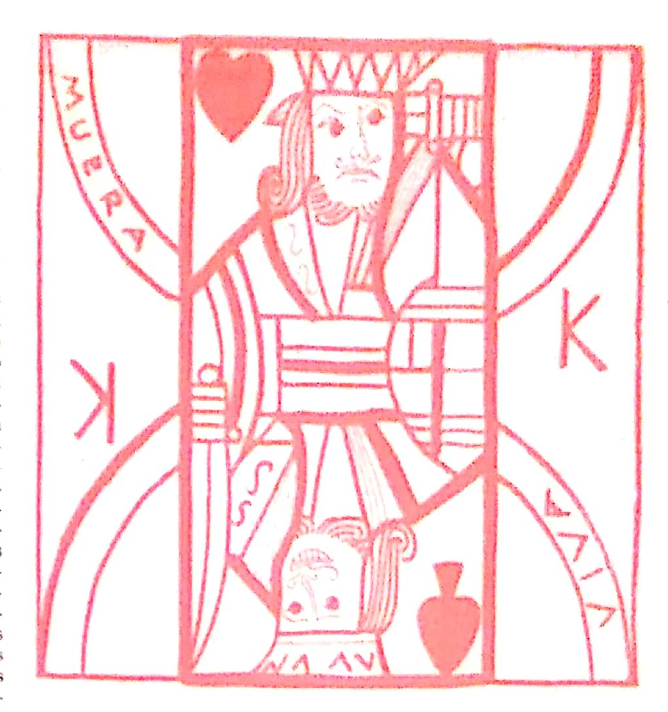
Por fin, nuestra prensa usa un lenguaje para sus detracciones que huele de muy lejos al que era de rigor en los periódicos nacionalistas hace un tiempo atrás.

Fácilmente sabemos que los periodistas de cuño liberal no tienen estilo tan semejante entre sí, ni usan la fraseología característica y que la virulencia de algunos diarios es dirigida por antiguos militantes de partidos ya desaparecidos, doblegados o convertidos a esa fe eterna del dinero.

Los anunciadores de la ansiada reacción contra la democracia han renunciado a sus principios tanto como no lo hicieron los denostados liberales.

Triste condición en realidad es la de marcar con la pluma y más triste aún es el revolverse contra principios eternos y cristalinos por un enceguecimiento temporal que, aunque pasajero, dura lo suficiente como para perder el camino irremisiblemente.

BENJAMÍN CARVAJAL



TOPOGRAFIA DEL TOPO

"A propósito de la invasión de los Topos en la ciudad", no probaré su existencia, pero sí la de ciertos hombres que se les parecen.

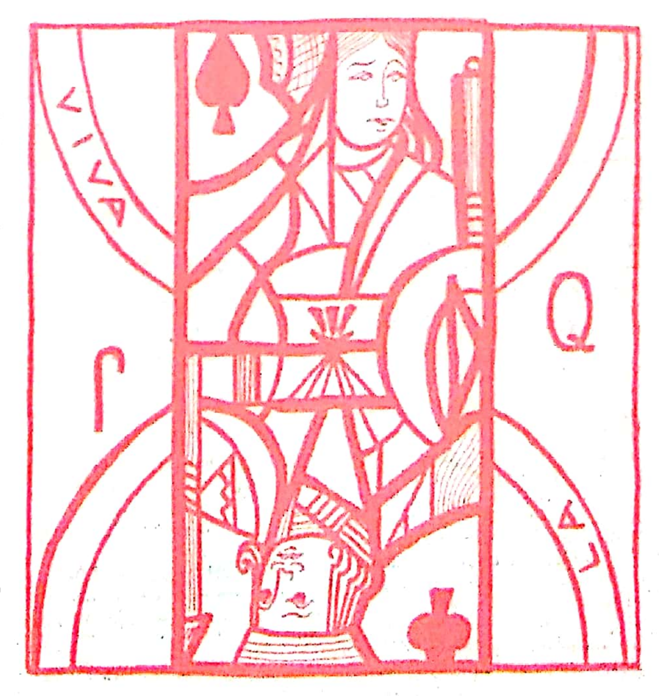
Dichos animalitos tienen algo característico y muy consecuente si se quiere entablar un fabulismo. Y es que los topos no ven; en lo demás, son bastante parecidos a las ratas, lo que hace que este encuentro sea forzoso y la excusa justificable pues realmente se parecen.

Mi nuevo artículo es una variación del tema escuchado en "La abstracción y el humorismo"; si por aquél supimos que las ratas son portadoras de la peste, en este trataré de hacer oír cómo la peste de no ver, desgraciadamente es peor, lo cual me movió a desafiar a Camus, haciendo un cuento largo, cuyo encabezamiento inicia el presente artículo.

En esta oportunidad me preocupé por la génesis del topo.

Quizás se le debe a Esopo la aplicación de lo característico de este animal a las personas de cortos alcances, ya físicos, morales o intelectuales. Con todo, en esta humanización aceptada, significa individualismo, concretismo, utilitarismo, egoísmo intelectual o sea falsa filosofía, egoísmo moral, vale decir falsa ética y por sobre todo el absurdo.

El perspicaz sospechará la filosofía del topo y al no hallarla no frustró, por cierto, un gran descubrimiento; en cambio de él puede hacerse una filosofía tópica o utópica; menos aún le sorprenderá,



pues a cualquiera le hubiera caído en suerte con tal de poseer el sentido topuno.

Seguramente el suspicaz podría sospechar la semejanza de estas dos palabras: tópica y utópica; con tal similitud, que admitiría su igualdad a diferencia de una *u* sin importancia.

Pero dejemos lo sospechoso.

Por de pronto descubrí —en las dos nomenclaturas: tópicas y cosmovisiónicas— la posibilidad de extender una serie de valores en doble partida:

Iº

Mero individuo.
Fenómeno.
Egoismo individual o nacional.
Modernismo religioso.
Colectivismo o pan-humanidad.

IIº

Persona.
Realismo.
Patrimonio común civilizador.
Verdades objetivas de una religión viva.
Cuerpo Místico de Cristo.

Vistas las susodichas partidas, deduje la contrariedad entre ambas filosofías, y al tratar de la consecuente e imprescindible elección: "Elegid, pues, de una vez, si no estáis muertos" —dice León Bloy, concluí en la admisión, sin dudar, de la IIª Partida.

No obstante, sucede lo contrario, porque en teoría aceptan la segunda partida y en la práctica se meten de cabeza en la 1ª, como los topos en los subterráneos. Y pensar que al elegir se acepta algo, rechazando, por lo mismo, lo contrario y lo demás. Tal proceder acredita el deseo de morirse, un modo ya de estar muerto y, en consecuencia, afirma la falsa filosofía tópica. En rigor no debo olvidarme de "La invasión de los topos en la ciudad".

Por supuesto, las ideas siempre rigen al mundo y la acción armonizada con la realidad y sus valores, Religión, Filosofía, Arte, Política, constituye la cultura. Sin embargo, con frecuencia la vida no corresponde, pues interpone la falsa prudencia, que es el orgullo de la carne o la sensualidad del espíritu.

Precisamente, porque la cultura es la manifestación vivencial de lo humano, me fué necesario tenerla en cuenta, para cerciorarme de que la cultura actual padece de una falsificación con el peligro de perderse lo auténtico de la cultura cristiana.

Sabía que la plataforma teológico-filosófica es la clave determinante; por esto al confrontar las dos filosofías: tópica y cosmovisiónica, con sus respectivos valores, concluí que la primera es la cultura del modernismo religioso y filosófico y sus derivados, la superstición, el idealismo, el materialismo-existencialismo y comunismo... y la segunda es el auténtico realismo religioso filosófico. Esto me dió pie para adentrarme en la historia del pensar humano y tratar de darme cuenta de la tónica del problema...

Me topé con el abocamiento del hombre ante el misterio del ser, en doble perspectiva, ontológica y gnoseológicamente considerado; y que estas dos realidades: el ser real existente en el cosmos, y la inteligencia cognoscente, abstrayendo, universalizando, juzgando y recomunicándose con cada uno de los seres, deben resolverse en un "connacer" en simpatía admirable.

Precisamente aquí, en este "Talón de Aquiles", talvez desde el principio del pensar humano (si bien sistemáticamente en el siglo XIV, Ockam y sus cómplices) le hincaron una lanza medioeval rotulada con el nombre: nominalismo.

La lanzada fué bastante profunda por cierto. Sus consecuencias dolorosas y fatales resintieron todo el pensar y la vida humana, hasta nuestros últimos tiempos. Porque el nominalismo es este mal que desató, desarmonizó y destruyó esta unión (con-nacer), viviéndose la falsedad de todos los valores humanos, en un absurdo integral, odioso y desesperante, que es como un andar a lo topo, en un subterráneo sin salida. Esta situación especialísima denominó al ser-objeto, un fenómeno, y al pensar humano: "Flactus vocis", un "fiasco", un chasco del intelecto, el gran chasco de la teología, de la filosofía, de la ciencia, del arte, de la política, de la vida, rubricadas con la palabra nueva, admirablemente funesta.

Ante este chasco, ¿no se podría mejor nombrar a nuestra "polis" como la ciudad del chasco o del camouflage? Tan conveniente le es el nombre, que el mismo, al no responder a la realidad, pujante para presenciarse tal cual es, dice del chasco del "chasco".

Por lo visto inútil e ingenuo es probar la existencia de los topos. Existen en una inmoderada producción, más de la cuenta establecida para el claroscuro armonioso de la ciudad.

Por supuesto fué la invasión.

Busqué, en ese momento, una frase sintética y expresiva del problema: *ser y conocer*, y pronuncié: "To be or not to be".

Dí gracias a Shakespeare, por intermedio de Delhez, porque fué al recuerdo de su xilografía homónima. Tal vez Shakespeare haya expresado la filosofía irónica de la vida y de la muerte, ¿por qué no un planteo prematuro del problema moderno?... Dicha frase: *ser o no ser*, entraña interrogación, expectación, disputa, contradicción, proposición decisiva, posición vertical entre Dios y el diablo, el ser y la nada, lo absoluto y lo contingente, lo actual y lo potencial, lo infinito y lo finito, lo trascedental y lo intrascendente, lo universal y lo particular, lo personal y lo colectivo, la libertad y la esclavitud... y así de las demás antinomias.

La densidad del pensamiento me actuó tan fuertemente que padecí de algo semejante a una alucinación o a lo que llaman en la metapsíquica ectoplasmia.

Ví como un bosque de Hamlets gritando: "To be or not to be" y en el mismo otro bosque de topos cabizbajos gritando su mudez en busca de las cuevas, en las que caían como baleados por carabinas... y grité: ¡El ser! ¡El ser! ¡El ser! y basta, si no es la muerte... la nada.

No sé si los Hamlets me han hecho caso; aquello desapareció y me hallé balbuceando: nominalismo.

—¿Qué ha hecho el nominalismo? Por un lado minimizó el valor de la inteligencia, tronchó ese despertar luminoso y su resonancia cósmica en su intimidad; y por el otro hizo del objeto del cosmos un fenómeno singular, negándole el fundamento de comunicación cósmica. Roto el puente, incomunicados, abandonados, suspendidos y como colgados entre dos abismos, con el mayor peligro de caer, como topos en las cuevas, más bien que permanecer arriba, como águilas ciegas.

Entonces aprecié bastamente el chasco más estupendo de la historia humana. El nominalismo redujo el pensar y sus conceptos a puros nombres sin fundamento real en las cosas, y éstas padecieron tal disminución de contingencias e individualidad que vinieron a ser unos fenómenos híbridos y huidizos, sentenciándolos a fortiori, con el *no ser*, en aquello que la razón podría llegar a ser, y tapando la boca al mismo objeto-ser, que grita su presencia real.

En aquel momento me fué intolerable no creer en la búsqueda de la verdad; sin embargo es posible que instintivamente la nieguen y cuando lo hacen, la extienden en toda la línea de lo trascedental; negando el ser en toda la realidad visible, resuena en el mundo de lo sobrenatural.

Proclaman a Dios un absurdo filosófico, cerrando la comunicación del hombre con Dios, y por lo mismo un absurdo teológico, haciéndolo en la comunicación de Dios con el hombre, por la revelación. En consecuencia denúnciase el nominalismo religioso (el modernismo), el cual hace de la Religión (comunicación) un puro fenómeno vitalista evolutivo, cuya fe, no es ese "actus intellectualis", sino un sentimiento y cuyas manifestaciones necesarias pertenecen a una pseudoliturgia, cuya única finalidad consiste en satisfacer el sentido religioso del hombre.

También me resultó intolerable ver negado el objeto material tal cual es; admití sin embargo que instintivamente se abrazacen a él de un modo indebido, como ocurrió. Porque cuando los topos humanos cayeron en las cuevas, hallaron la nueva ciencia de la materia y la denominaron categóricamente filosofía, religión, rodeándola de un ceremonial científico y de un remedo litúrgico.

Indudablemente es respetable la ciencia, siempre que ocupe su correspondiente lugar con dignidad; pero actualmente la ciencia se ha desligado de Dios, perdió el sentido de homenaje debido al Creador y se volvió superstición, puro naturalismo, puro empirismo insólido y por lo mismo se ha vuelto ridícula.

Delhez expresó acertadamente la ridiculez de la ciencia y de los sabios, en su xilografía: "Scherzo Aureo". Allí hay un aula escolar y en la cátedra un profesor, con un cráneo de loro. Con un dedo levantado autoritariamente, explica con suficiencia. La pizarra está llena de fórmulas matemáticas y geométricas. Sus alumnos, también con cráneos de loros, escuchan extasiados la palabra ridículamente sabia. No falta un corito de loros auténticos, que desde un arbolito escuchan riéndose de la escena.

¡He aquí la confraternidad loresca de los científicos! En vez del diá-

PRESENCIA

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Venezuela 649 — T. E. 30 - Catedral - 2845

Se imprime en casa de Don Domingo E. Taladriz, San Juan 3875, Bs. Aires.

Precio del ejemplar	$	1.50
Número atrasado	„	2.—
Colección 1949	„	30.—
Colección 1950	„	30.—
Colección encuadernada 1949	„	50.—
Colección encuadernada 1950	„	50.—
Suscripción anual (20 núm.)	„	30.—

logo, se entabla un parloteo opinativo y contrincante y por sobre todo confuso, no saben ya lo que dicen, ni saben lo que es. Es menester que aparezca Hamlet y sentencie: "...not to be", porque esto es la ciencia... (o lo que han hecho los sabios de la ciencia).

Inevitablemente, no toleré la herida infligida al arte por el nominalismo. De él ha hecho un absurdo, el doble absurdo de la "realidad" y del sueño. Rompió la unión misteriosa y cuasisacral de la realidad y de la inteligencia creadora del artista, prostituyendo el fruto inefable de aquello que se dice: poesía.

Por un lado el "Flactus vocis" poético puras palabras, puros sonidos, puras líneas, puros colores, puras formas, un mundo puramente expresivo del aburdo, y por el otro, lo fenoménico, lo instintivo, lo feo, lo sensual, lo pornográfico, un mundo materialista, vestido ridículamente de belleza.

El arte abstracto y el arte infrahumano sin la unidad real de la poesía, de lo poético, y del arte... perdido en una arritmia, que es el caos, o sea el no ser. Por eso los topos renguean... recuerdo que fueron "como baleados por carabinas"...

Al llegar a la política, la intolerancia ascendió al máximo. ¡No era para menos!, encontrarme con todo lo visto en un Todo enorme, llamada ciudad... y exclamé: ¡La ciudad es un absurdo!

Yo mismo me creí un Cuerpo Místico, una Comunión de mártires, de engañados, de desamparados, de sofisticados y jugados como fichas de ruleta... No pude deshacerme de este pensamiento:

"Vivimos... o más bien somos muertos andantes en la Necrópolis?"...

No pude, me tenía demasiado asido, como un pulpo, obstinado. Indudablemente la ciudad va mal...

—¿Y por qué va mal la ciudad?

—Porque no hay orden.

—¿No hay conductores?

—No tienen sentido de ordenamiento.

—¿Por qué?

—No conduce la inteligencia.

—¿Entonces?...

—"El sabio" debía hacerlo... pero el pobre está mareado, en su mente gira: "To be or not to be"... "To be or not to be"... "To be or not to be"... Y no sabe qué hacerse...

Mientras tanto capricheа "el práctico", con su voluntad de poder, en un modo tal, que con su técnico, subyuga a la masa ingente.

—¡Nietzsche!

—¡Locura sideral... y todas las locuras cósmicas!

—¿La culpa?

—El *nominalismo.*

—¿Por qué?

—Por todo lo que dije antes y todo lo que está entre líneas...

Volví a padecer de ectoplasmia.

La invasión de los topos se completó al anochecer. No se podía caminar en la ciudad. Algo imaginable a un gran día de manifestación política. Nadie podía ya caminar, tantos eran los topos, que cada uno formaba el "Pántopo monumental".

Enorme la grita, como de una extraordinaria bandada de loros, confundidos en un gran loro...

Así fué, lo ví yo y lo oí, es mi testimonio.

Padecí de ectoplasmia... lo recuerdo; con todo algo tiene que ver el topo, el loro y el nominalismo en la ciudad...

Sin embargo, una santa realidad denuncia todo este gran mal y no le hacen caso... he aquí lo más desesperante de la desesperación.

Fué, entonces, mi segunda incursión: el misterio...

Por ahora estoy en el Misterio... veremos cuándo salgo...

Simón Imperiale.

ACADEMIAS INDIGENAS

Telegramas de Méjico, en "La Nación" del 28 de abril y 2 del corriente, se refieren a la propuesta de crear un organismo de academias americanas de la lengua separado e independiente de la Real Española. Las escuetas noticias no nos permiten juzgar los fundamentos, ni menos los propósitos, de la iniciativa que se nos ocurre puede ser el resultado lógico de una reunión de la que fueron expresamente excluídos los académicos de la, hasta no ha mucho, Madre Patria.

¿Estaremos ante una nueva expresión del nativismo siempre ansioso de romper vínculos con la antigua metrópoli? El éxito de la independencia política de *South America* no es como para desear éxitos análogos en la próxima independencia idiomática. Podremos desde ya, si así fuere, aprestarnos a enmendar nuestra gramática, entre parda y cobriza, y a leer frases como ésta que sometemos al más zahorí de los criptólogos:

"Después de la balacera, y al salir del elevador para tomar el carro, el ciudadano don Inés Pérez, que fungía de gobernador, fué incoado ante el Supremo hasta que protestó el día del Grito".

Más les valiera a los señores académicos americanos reconocer lo que es evidente, o sea la primacía de los castellanos en el manejo de un idioma que, al fin y al cabo, ellos inventaron y no otros. Cada uno a lo suyo; y así como sería absurdo que un burgalés nos enseñara a enlazar o a jinetear, dejémosle la cátedra del buen decir en la que, por cierto, cualquier español peninsular, con la sola fuerza motriz de una taza de café, puede dar ciento y raya al más elocuente de los taciturnos habitantes de las Indias; de hablar bajito; de acento con a veces inverosímiles cantos; indescifrable vocabulario localista y tono a menudo monótonamente sin relieve.

Por ahí, por el descastamiento en la cultura, se abren las grandes brechas para el predominio de los gringos.

H. Baños.

EL DECISIONISMO POLITICO DE SCHMITT

II

1.—Concluímos la primera parte de este trabajo [1] afirmando que el error básico de Schmitt en su crítica al Estado de derecho liberal-burgués, sin perjuicio de otros certeros enfoques, estriba en su pretensión de combatirlo no obstante compartir sus mismas premisas. Al examinar ahora la respuesta del decisionismo a los problemas de la teoría del Estado, se confirma ese juicio.

El planteo fundamental de la teoría política liberal consiste en arrancar originariamente de un momento —histórico en los primeros teóricos, lógico en las doctrinas más evolucionadas— de desconexión entre individuo y Estado.

Para la versión tradicional tal hipótesis es insostenible ya que en el propio fin, objetivo y trascendente, del hombre, engarza el Estado como elemento inexcusable de su transcurrir temporal. La relación social es algo dado, impuesto por la misma condición humana, pero como media un eslabonamiento y jerarquización de fines, el bien último del individuo queda a salvo ya que excede y ordena el bien común temporal.

El pensamiento moderno cancela la metafísica del ser y con ello la posibilidad de instituir de modo objetivo un conocimiento que, sin desmedro de su eminente practicidad, se funde en un orden transcendente de fines.

Plantéase así la dificultad —que ha de ser insalvable— de cómo ajustar, conciliar dos realidades: individuo y Estado, que por sobre toda teorización se imponen con la energía de las cosas ineludibles. Por ello es que la teoría moderna del Estado puede deducirse substancialmente a una serie de respuestas a ese problema, creado, —repetimos— por la insuficiencia de su propio punto de partida. La respuesta podrá iniciarse desde el individuo para llegar al Estado, y damos con las formas típicas; o surgirá desde el Estado, y serán entonces las formas atípicas; pero en ambos casos subsiste el planteo originario: el momento de desconexión entre los dos términos de la relación.

Trasladando a este campo la afirmación de Gilson relativa a la gnoseología idealista puédese concluir que plantearse como cuestión radical de la teoría política, el cómo pasar del individuo al Estado o viceversa, es ya hacer profesión de liberalismo.

Este "puente" entre ambos términos fué concebido en las primeras épocas de la doctrina moderna como "contrato", esto es, como el acuerdo voluntario de los individuos que ha de "producir" la comunidad. Es, volviendo al símil gnoseológico, el sujeto que produce el objeto. Pero como ocurrió en el propio idealismo este producto de la voluntad de los hombres concluye por convertirse en la única entidad que destruye a su primitivo creador so pretexto que sólo en su realidad halla éste cumplido destino. Esta etapa iniciada por Rousseau que asignó a la "voluntad general" la exclusiva realidad política, ha de encontrar acabado término, pasando por Hegel y sus corifeos, en la teoría del Estado totalitario, uno de cuyos más lúcidos exponentes es Carl Schmitt.

2.—Una segunda nota puede descubrirse en la teoría moderna del Estado que consiste en lo que, refiriéndose a cuestiones actuales, Luis Lachance ha llamado "obsesión metafísica".

Si bien, como ya apuntamos, la ciencia práctica tradicional se asienta en los datos aportados por la metafísica del ser, no es menos cierto que no por ello pierde su practicidad, esto es, su peculiar estructura que la dirige desde el vamos a regular el comportamiento. Desde esta perspectiva el Estado es considerado como un hecho político-moral que se da en la vida humana como consecuencia necesaria de su actividad y, por consiguiente, enmarcado en sus propios fines.

En la empresa moderna por causa de un complejo proceso que no es el caso examinar aquí [2] se produce una confusión entre el plano especulativo y el plano práctico que conduce a que las realidades prácticas sean juzgadas desde un enfoque especulativo. El hombre, en cuanto sujeto perseguidor de fines y metas, y el Estado serán concebidos "en sí" y no "en orden al fin", serán vistos desde la perspectiva del "ser" y no del "bien", y con ello la posibilidad de organizarlo según un principio peculiar y adecuado desaparece.

Se remacha de este modo la desconexión que ya señalamos entre ambos términos de la relación comunal, y por ende, desde entonces, sólo será posible comprender la teoría del Estado o bien desde el individuo o bien desde el Estado, estimados, según sea el caso, como primaria y radical realidad substancial de acuerdo a la ideología de cada doctrina.

Pero como por más que se prescinda del fin objetivo y trascendente, no por ello la consideración deja de permanecer en el terreno del comportamiento, el ente —individuo o Estado— debe organizar esa conducta, lo que realiza centrándola y ordenándola en su propia inmanencia que, sea cual sea la apariencia que muestre, se resuelve en última instancia en su propia y exclusiva libertad.

Continúa así el parentesco entre el proceso de la teoría política y de la nueva filosofía. Al inmanentismo del idealismo corresponde, en este campo, el inmanentismo de la voluntad ya anticipado en los padres de la especulación moderna: los pensadores nominalistas.

3.—Dentro de los límites impuestos por este planteo y condicionada por su circunstancia histórica se mueve la doctrina de Schmitt.

"La idea nacional del Estado tiene como presupuesto la voluntad de

lo político, la voluntad del Estado" (Karl Larenz).

Es precisamente la búsqueda de esa voluntad política que confiere al Estado dignidad de tal lo que fundamentalmente persigue Schmitt. La circunstancia histórica e ideológica que ciñe su pensamiento muestra al Estado como la realidad más enérgicamente presente, y por consiguiente, la indagación de nuestro autor ha de dirigirse derechamente a la comunidad, más que al individuo. Es la actitud atípica que hemos apuntado.

Su pregunta versa sobre cómo se llega a la unidad política, qué factor o qué hecho es el que la produce. La respuesta se instala, como no podía ser menos, en el campo de lo voluntario: es la "decisión" sobre quién es el amigo y el enemigo lo que caracteriza la existencia política.

"La distinción propiamente política es la distinción entre el amigo y el enemigo. Ella da a los actos y a los motivos humanos sentido político; a ella se refieren en último término todas las acciones y motivos políticos y ella, en fin, hace posible una definición conceptual, una diferencia específica, un criterio" (El concepto de la política, en Estudios políticos, p. 111).

Para Schmitt queda así resuelto el asunto. La unidad política nace de una decisión de cuyo titular nada nos dice sinó que es el "soberano", el que decide sobre el "estado de excepción", esto es, sobre una situación no normada, puramente "existencial" donde el individuo se diluye. Hasta para resolver sobre el derecho del Estado de llevar sus súbditos a la guerra no son adecuados los "ideales, programas, normatividades", sino que hay que apelar "a la afirmación existencial de la propia forma de existencia frente a la negación también existencial de esa forma" (ob. cit. p. 147).

De este modo se cumple otra de las etapas del ciclo liberal en la que, no obstante la aparente contradicción con las manifestaciones primeras, se conserva la misma línea de pensamiento a través del juego dialéctico de la ideología.

En las formas típicas el Estado es sólo el reflejo del sujeto humano; de éste y no de otra instancia adquiere valor y legitimidad. El contrato, con el que se funda la comunidad, por su propia estructura —acuerdo de voluntades particulares— amarra el Estado al individuo. En las formas atípicas —como la que nos ocupa— esa voluntad creadora es trasladada al Estado y ya no ha de ser el pacto —segura garantía de la presencia del individuo— el que explique y dé razón de su nacimiento, sino el hecho —en la tesis de Schmitt— de una decisión existencial.

Las notas que más arriba hemos apuntado se cumplen en esta doctrina no menos que en las expresiones típicas.

En éstas, individuo y contrato; en aquélla, comunidad y decisión, pero en ambas desconexión entre individuo y comunidad y, por consiguiente, como fórmula de reajuste: hipertrofia de uno u otro de los términos. En ambas, también, sustitución del "orden de fines" por un "orden del ser"; ser, por lo demás, generalmente falsificado, de origen irracional y de manifestación volitiva que concluye por fundarse en su pura libertad.

4.—La teoría de la Constitución desarrollada por Schmitt como segundo tramo de su doctrina del Estado nos permite precisar los juicios que acabamos de vertir.

La Constitución es "la determinación consciente de la concreta forma de conjunto por la cual se pronuncia o decide la unidad política" "se apoya en una decisión política surgida de un ser político, acerca del modo y forma del propio ser".

Por consiguiente la Constitución es el acto siguiente a aquél por el cual y en virtud de la decisión originaria sobre el amigo-enemigo, queda fundado el Estado.

Su naturaleza volitiva "denuncia —en contraste con toda dependencia respecto de una justicia normativa o abstracta— lo esencialmente existencial de ese fundamento de validez". No necesita justificarse en una norma ética o jurídica; tiene su sentido en la existencia política ya que "antes que toda norma se encuentra la existencia concreta del pueblo políticamente unida".

Esta concepción ha llevado a Karl Larenz a denunciar en Schmitt, una "vuelta al positivismo sociológico". No creemos suficientemente fundada esa apreciación.

La respuesta positivista, de vertiente sociológica, al planteo liberal del Estado corre por otros rieles, diversos por cierto que los que guían a Schmitt. La realidad social y política con que trabaja es contemplada desde una perspectiva mecanicista y con fronteras al materialismo, que no se encuentra en la obra que nos ocupa. La decisión, el juicio existencial es para Schmitt algo de contenido espiritual que excede las puras determinaciones materialistas.

El decisionismo se ubica en una línea ideológica que en franca reacción contra el positivismo neokantiano, y muy especialmente contra Kelsen como su más notorio representante dentro de la jusfilosofía, trata de reencontrar la idea de una comunidad concreta llenando "la idea del Estado con un contenido ético y subrayando frente al individualismo el valor en sí de la comunidad; frente a la garrulería romántica, la severidad de la exigencia política y la necesidad del caudillaje y la inordinación" (Larenz), y este contenido ético no es otro que la libertad en su versión hegeliana: "la libertad suprema es la comunidad suprema".

Que estas aspiraciones sean perseguidas dentro de la misma línea iniciada por Hegel, o sean procuradas por otros caminos, es asunto que por ahora no nos interesa distinguir. Lo que sí es bueno notar es que en los propósitos enunciados vuelven a advertirse los rasgos de la teoría moderna del Estado. Por un lado la desconexión entre individuo y Estado, ya que se "enfrentan" los valores personales con los sociales, buscándose la salida por la absorción de uno de los términos por el otro; y por otro lado la abolición de toda idea de fin objetivo y trascendente, y su sustitución por la libertad como instancia suprema.

Siendo estas las pretensiones de la corriente que examinamos no creemos que el positivismo sociológico constituya la verdadera filiación del pensamiento de Schmitt.

No es tampoco la vía neohegeliana, sino otra que aunque nacida como reacción de aquélla, paradójicamente coincide en sus resultados. Nos referimos a la actitud existencial, apresurándonos a señalar que sin determinarla en ninguna de sus versiones particulares sinó dentro del fondo común de todas ellas.

Así como el idealismo en sus formas más exasperadas, buscando acabar con cualquier resto de empirismo, proclamó la racionalidad de toda realidad; así el existencialismo, persiguiendo radiar todo orden esencial, proclama la identificación de existencia y libertad. El transcurrir temporal, la existencia, no es sino la sucesión, o mejor dicho el acaecimiento de "golpes de Estado existenciales", a los que no ha menester pedir otra legitimidad que su simple presencia. No hay fines que los ordene ni esencia que les asigne sentido. Su valor reside en su libertad, en su espontaneidad, y tras la libertad no hay otro fundamento. "La libertad es el origen de principio de razón, y, como tal, el fundamento del fundamento. Por eso ella es el abismo de la realidad humana, el fundamento imposible de rebasar".

Son estos criterios —trasladados al campo de la política— los que privan en la concepción de Schmitt.

La perspectiva del "ser" desde donde considera la unidad política no es la de la legalidad causal y mecánica con que el sociologismo encierra el mundo del obrar, sino que es eminentemente creadora de valores. "La palabra voluntad (decisión) significa... una magnitud del ser como origen del deber ser". La decisión al crear la "situación originaria" la organiza, le da sentido. Como "no existe una sola norma que sea aplicable a un caos" es menester la decisión que cree "la ordenación concreta" apta para recibir el trato normativo.

Pero esta peculiaridad de la decisión existencial que desemboca en un planteo axiológico en modo alguno constituye una válvula de escape a un orden trascendente apto para referir y justificar la comunidad y encontrar un punto de conciliación entre el Estado y el individuo; y no es así ya que —como insistentemente repite Schmitt— el momento radical y originario es la decisión misma en cuyo solo existir, darse, afirmarse, esto es, en su creación espontánea y libre reside el último fundamento.

Cierto es que en Schmitt falta la palabra precisa y categórica que autorice a registrar, sin posibilidades de error, su doctrina dentro de la posición que le adjudicamos. Quizás ello se deba a que su pensamiento decisionista ha constituído solo una etapa de su evolución espiritual, ya que con posterioridad derivó al "ordinalismo concreto" (Larenz) culminando con la "vuelta a la Idea" (Niemeyer) con lo que pareciera que Larenz acertó en su vaticinio.

Pero de cualquier modo dos circunstancias conviene considerar. La primera, que aún cuando el decisionismo haya sido para Schmitt solamente un tramo de un personal proceso intelectual, la verdad es que ha representado desde el punto de vista de la historia de la teoría del Estado su contribución más firme y eminente. La segunda, que la interpretación que proponemos es la que mejor se ajusta, no sólo a su pensamiento explícito, sino a la circunstancia histórica e ideológica en que produjo su obra.

JULIO M. OJEA QUINTANA.

[1] Ver PRESENCIA, año II, Nº 28.

[2] Este proceso lo hemos examinado en un trabajo de próxima publicación en "Sapientia"

SUMARIO